

Cartas

A Henri Cazalis

6. Brompton Square. SW. Londres
Jueves, 24 de julio 1863

Mi buen Henri:

Perdona mi largo silencio.

He estado enfermo, y, hoy, tengo mucho trabajo en vista de mis exámenes. –Enfermo, no peligrosamente, pero de una manera aburrida–. El sol de Londres no es ese alegre sol de París que hace despuntar a lo largo de los bulevares todo un verdor encantador de mesas con cerveza y derrama la alegría en su luz. Aquí los rayos parecen haber tomado algo del macilento de los pobre muros de los hospitales donde se adormecen, y en los cuales han calentado la escayola enferma. El aire malsano se carga de todas las exhalaciones de la miseria que el pesado calor pudre, y para los pobres el verano no es sino la estación en la que los parásitos, atemperados, bullen aún más en sus andrajos. Odio Londres cuando no tiene niebla: con sus brumas, es una ciudad incomparable.

Todo eso no puede ser sino nostalgia, y aspiro de antemano a París donde retornaré en los primeros días del próximo mes. Sí, es nostalgia, porque los ingleses, esos ángeles de cocina que sueñan en los rayos de sus cacerolas, sin dudar de la estrella Astarté, –oh, ¿conoces los versos de E. Poe?–

«...Astarté es más cálida que Diana:
rueda a través de un éter de suspiros
ella juega en un mundo de suspiros
ha venido por la estrella de Leo
para mostrarnos la vía del cielo
de la paz leteana de los cielos:
amansó el León y ha derramado
sobre nosotros la luz de sus ojos;

vino a través del antro del León
con amor en sus ojos luminosos¹.

Y para acabar, los ingleses, como las habitaciones del *gran hotel*, me parecen todos parecidos.

Hablo de los ingleses y de los ingleses de Londres, mi Henri.

Hasta aquí te he hablado más de Astarté que de mí. Mi mal ha sido una erupción, y, después, estoy amarillo —como un envidioso o como un membrillo—. Sangre amarilla, ojos amarillos, rostro amarillo —y pienso en amarillo—. ¿Es el aburrimiento? ¿Es el debilitamiento de la sangre?

El hecho es que no puedo escribir versos, estando mi cabeza demasiado pesada y enferma, y será una gran dificultad que pueda preparar mi examen —¡*Romeo y Julieta*, por lo tanto! Además, permíteme que no te escriba al respecto, porque me afecta, y, comparándolos a mis descoloridos pensamientos de hoy, enrojezco.

Ruega por mi curación —cuerpo y alma.

Ay, ¿por qué los médicos se hacen pagar y no son funcionarios públicos a los que estaría prohibido aceptar cualquier salario? Además, en una nación bien ordenada, ¿no deberían ser también vendedores a los que el gobierno daría tanto por año por dejarse saquear su tienda todo el año sin exigir un céntimo? He aquí las verdaderas reformas, —el progreso. Mientras que no se haya alcanzado eso, no se habrá dado un paso.

Tú sabes que todas mis ilusiones políticas se han desdibujado una por una, y que si enarbolo un trapo rojo es únicamente porque odio a los bribones y detesto la fuerza.

Henri, ya lo verás, no hay nada verdadero, inmutable, grande y sagrado que no sea el Arte. Todas las vanas disputas políticas pasan, no habiendo nada de absoluto en ellas.

Nada más cierto que la sola y triste eternidad,

Oh, Brahma, todas las cosas son el sueño de un sueño...²

Ayer, sin embargo, me acerqué a un mitin popular en favor de Polonia³. Lo que sobre todo me ha tocado es que esos obreros aplaudían frenéticamente cuando se les llamaba *gentlemen*. A mí no me gustan los obreros: son vanidosos. ¿Para qué se hará una república? ¿Para los burgueses? Contémplos en muchedumbres, en los parques, en las calles. Son horrorosos, y es evidente que no tienen alma. ¿Para los grandes? Es

¹ Quinta estrofa, incompleta, de «Ulalume».

² *Leconte de Lisle*: «*La Vision de Brahma*» (Poèmes antiques).

³ En 1863 tuvo lugar, en la Polonia devenida provincia rusa después de 1832, una insurrección rápidamente aplastada.

decir, ¿para los nobles y los Poetas? Mientras que tenga oro para los unos y bellos mármoles para los otros, todo irá bien. Henri, ¿es que el hombre que hizo la Venus de Milo no es más grande que los que salvan al pueblo, y no le valdría más a Polonia sucumbir que ver este eterno himno de mármol de la Belleza roto?

—Como yo parloteo, como un enfermo, olvidaba decirte que mi buena y dulce Marie, que llora todos los días al verme sufrir, te agradece de todo corazón alemán las miosotis que le enviaste: ella las había recogido de los encantadores bordes del Támesis, en Richmond, en una de las pequeñas esquinas de sombra y de agua verde donde Ofelia debió de ahogarse; pero la tonta criada las ha barrido. Sin eso, el cambio debió ser encantador.

Quiero escribir a los Yapp, con quienes estoy en deuda y por lo tanto no tengo noticias. Háblame de ellos —lo que quiere decir de Ella, Henri.

Adiós. Te abrazamos,

Tu

STÉPHANE

Marie me recuerda de nuevo que debo prometerte miosotis y una carta de ella en el próximo sobre. Hasta pronto, pues.

¿Irás a París pronto? Yo temo ir y no verte allí. París estará vacío sin Cazalis. Marie lo ha dicho, y yo lo pienso.

Nosotros no podremos casarnos antes del diez de agosto: las amonestaciones se están publicando. Una ya lo ha sido. Te escribiré la fecha.

A Henri Cazalis

Mañana del jueves [7? enero 1864]

Mi Henri,

Te envió al fin el poema *Azur* que parecías tan deseoso de poseer. Lo he trabajado, estos últimos días, y no te ocultaré que me ha provocado un mal infinito —además de que antes de tomar la pluma era necesario, para conquistar un momento de lucidez perfecta, vencer mi enervante Impotencia. Me ha hecho mucho mal porque, desterrando mil atenciones líricas y bellos versos que frecuentaban incesantemente mi cerebro, he querido mantenerme implacable en mi tema. Te juro que no hay ni una palabra que no me haya costado varias horas de búsqueda, y que la primera palabra, que reviste la primera idea, además de que tiende por ella misma al efecto general del poema, sirve aún para preparar la última. El efecto producido, sin una disonancia, sin floritura, incluso adorable, que distraería —he ahí lo que yo busco. Estoy seguro, habiéndome leído los versos a mí mismo, doscientas veces quizás, que ha sido alcanzado.

Queda hoy otro asunto por considerar, el lado estético. Aquí comenzaría mi inmodestia si yo hablara, y eso te corresponde a ti.

Henri, ¡qué lejos de esas teorías de composición literaria a la manera en que nuestro glorioso Emmanuel toma un puñado de estrellas de la vía láctea para plantarlas sobre el papel, y las deja formarse al azar en constelaciones imprevistas! ¡Y cómo su alma entusiasta, ebria de inspiración, retrocedería de horror ante mi manera de trabajar! Él es el poeta lírico, en todo su admirable desahogo. De cualquier forma, cuanto más lejos, más fiel seré a las severas ideas que me ha legado mi gran maestro Edgar Poe.

El inaudito poema del *Cuervo* ha sido realizado así. Y el alma del lector goza *absolutamente* tal como el poeta ha querido que ella goce. No siente ninguna otra impresión que no sea las que él ha tenido en cuenta. De esta forma sigue mi pensamiento en mi poema y mira si es eso lo que tú has sentido al leerme. Para comenzar de una manera más amplia, y profundizar en el conjunto, no me detengo en la primera estrofa. El azur tortura la impotencia en general. En la segunda, se comienza a dudar, por mi huida ante el cielo poseedor, ya que yo sufro de este terrible mal. Todavía en esta estrofa preparo, por una fontanería blasfematoria *Y qué noche despavorida*, la idea extraña de invocar a las nieblas. El ruego al *Querido Tedio* confirma mi impotencia. En la tercera estrofa, estoy furioso como el hombre que quiere conseguir su deseo encarnizadamente. La cuarta comienza por una exclamación grotesca, de escolar liberado. *¡El cielo está muerto!* Y, en seguida, pertrechado por esta admirable certeza, imploro a la Materia. He aquí la alegría de la Impotencia. Cansado del mal que me roe, quisiera disfrutar de la felicidad común de la muchedumbre, y esperar pacientemente la muerte oscura... Digo: *¡Yo quiero!* Pero el enemigo es un espectro, el cielo muerto *vuelve* y le oigo que canta en los campanarios azules. Él pasa, indolente y vencedor, sin salirse de esta bruma, y simplemente me atraviesa. Por lo cual me quejo, pleno de orgullo y no viendo en ello un justo castigo a mi cobardía, de que tengo *una inmensa agonía*. Quiero huir aún, pero siento mi error y deseo *ser atormentado*. Es necesario toda esta punzante revelación para motivar el grito sincero y bizarro, del fin, el azur... –Ya lo ves, para los que, como Emmanuel y como tú, buscan en un poema otra cosa que la música del verso, hay ahí un verdadero drama. Y ha sido una terrible dificultad combinar, en una justa armonía, el elemento dramático, hostil a la idea de la Poesía pura y subjetiva, con la serenidad y la calma de líneas necesarias a la Belleza.

Pero tú me vas a decir que son demasiadas dificultades para versos que en sí son poco dignos. Lo sé. De todas formas, me divierte indicarte cómo elaboro y concibo un poema. Abstrae de esas líneas toda alusión a